



SAN JUAN DE MONTEALEGRE

Es otro nombre berciano. Un nombre más que añadir a la colección del olvido y del abandono. Cuando el viajero se adentra en tierras del Bierzo es Montealegre el primer valle que atraviesa en su camino, pero lo cruza desde lo alto, por uno de los puentes de la nueva autovía que no permiten contemplarlo con el silencio que su ya antigua soledad lo requiere. El acceso por Torre del Bierzo es más sencillo dista sólo cuatro kilómetros, pero el caminante debe ir con la idea expresa de conocerlo, porque si no pasará de largo y tan solo lo verá como un nombre más del mapa provincial.

Llegar es difícil. Indicaciones vagas desde Torre y una ausencia de señales indicadoras harán perderse al viajero que no acertará con la ruta para llegar no sólo a Montealegre, sino también a Santa Cruz de Montes, entre tantas desviaciones que conducen a las minas de esta zona, muchas de ellas abandonadas. Idas y venidas al mismo punto de arranque nos llevan por fin hasta San Juan de Montealegre que se eleva, con aspecto fantasmal, tras una pequeña subida del embarrado camino. Aquí, en el fondo del valle, hay unas ruinas señeras a las que acompaña el murmullo sonar de las aguas del río La Silva, su único compañero y más fiel amigo.

Cuando sólo quedan en pie algunas piedras de la cabecera y el muro trasero, con dos vanos vacíos, sin campanas, que acarician los aires de este valle berciano, a duras penas puede pensarse que estos sillares alzaban uno de los cuarenta y cinco monasterios que fueron pilares firmes de la Tebaida. Rebuscando entre viejos libros y manuscritos encontramos que su abad Pimolo está entre los asistentes al Concilio de Irago, el 1 de septiembre del 946, bajo la presidencia del rey Ramiro II, cuando este monasterio se llamaba San Martín de Montes, aunque luego, convertido en hospicio de la Orden Hospitalaria, se le colocase bajo la advocación de San Juan y con el determinativo de Montealegre al ser la parroquia del pueblo del cual está algo alejado.

Así creció y se desarrolló esta iglesia edificada en una antigua calzada romana, la Vía Nova, que bajaba desde el Puerto del Manzanal y a sus pies pasaba, albergando en su interior dos miliarios de dicha vía: uno, que sostenía el púlpito, y otro, junto al altar mayor. El estilo románico dejó clara huella en ella: las ventanas de su cabecera, los modillones labrados de sus tres ábsides, la sillería de granito con seis marcas de cantero diferentes que aún se pueden apreciar en el ábside lateral izquierdo, los arquitos murales con decoración de billetes. Pero ahora, hoy, es un

cabecera, los modillones labrados de sus tres ábsides, la sillería de granito con seis marcas de cantero diferentes que aún se pueden apreciar en el ábside lateral izquierdo, los arquitos murales con decoración de billetes. Pero ahora, hoy, es un ejemplo claro de vértigo de nuestros días y lo que se construyó en el siglo XII ha sido destruido en las tres cuartas partes de lo que va de siglo, porque Gómez-Moreno, en ese documento único que es un catálogo monumental, alcanzó a verla lozana y desafiante.

Describirla actualmente es hincar en el dolor de su agonía, pero nunca nos daremos cuenta de lo que hemos perdido si reparos o prejuicios nos obligan a callar. La espadaña, construida en el siglo XVI, con un muro de tres metros de espesor, simula un gigante de hercúlea, fuerza que en sus últimos momentos parece poseer toda su energía; lo que fueron nave y crucero es una ondulación del terreno motivada por las piedras caídas y cubiertas por un tapiz de césped y musgo en donde brezos y zarzas crecen salvajes; y sus tres ábsides, desmoronándose paulatinamente, de los que el central, que es semicircular por el interior y poligonal por el exterior, mantiene una magnífica ventana, casi intacta; el del lateral izquierdo, el más completo de los tres, que junto a las marcas de cantero de sus sillares, conserva unos pequeños restos de decoración pictórica con motivos geométricos en lo que fue su bóveda; y, finalmente, el del lateral derecho, sin duda el último en construirse y sin ningún rasgo particular. Hoy sólo valen para ofrecer refugio a algún nómada que, cobijándose entre las piedras, logra encender una hoguera.

Si pudiéramos hablar con sus muros, si las voces de sus piedras pudieran llegar hasta nuestros oídos, quizás nos contasen cómo muchas generaciones de caminantes que iban o venían del Alto del Manzanal encontraron aquí refugio y calor, o cómo el 24 de junio, festividad del patrono San Juan, cepedanos, bercianos, astorganos, montañeses, leoneses todos en una palabra, llegaban hasta aquí en romería festiva que engalanaba el valle con los vestidos de colores de los romeros, con los bailes de nuestra tierra y con las risas de la alegría desbordada tras los oficios religiosos. Así hasta 1911, fecha en que se registra la última romería.

Bajarían, ¡cómo no!, los montealegrinos, verdaderos anfitriones de los romeros, porque el pueblo era alegre y sus habitantes vivían con el trabajo de la mina. Ahora todo es distinto; Montealegre retrocede, las minas se cerraron, sus hombres se van y a no tardar mucho acompañará al cercano Santibáñez de Montes en las listas de recuerdos.

En la iglesia parroquial se guardan algunas cosas de la de San Juan: la imagen del titular, barroca, con huellas de deterioro por la acción del clima al caerse la techumbre del antiguo hospicio, y la pila bautismal, ejemplar extraño, muy posiblemente de la época románica.

Investigar más cosas es obtener respuestas vagas: nadie sabe qué desapareció pero mucho desapareció, nadie sabe a quién se vendió, nadie sabe nada pero San Juan de Montealegre, ahí está, caído, agonizante, desapareciendo en el más absoluto abandono e ignorancia que es tan solo espejo de tanta historia berciana hecha arte y hoy casi olvidada y a punto de extinguirse: San Fiz, Corullón, San Pedro de Montes, Villabuena, Cornatel...

Para qué seguir. Es una parte del Bierzo, que se olvida, es un pedazo de León que perdemos.

LUIS PASTRANA Y DAVID G. LÓPEZ